

—¡Vivan los cocheros! ¡Yo soy el factor más castizo de la M. Z. A.!

¡Vivan los ferroviarios!

El lujoso coche subía por Alemanes. Seguramente venía del Patio de los Naranjos e iba al Alcázar.

El, que casualmente estaba allí, en la Virgen de los Reyes, al pie de la famosísima torre, le vio pasar. Entre pilares blancos y gruesas cadenas reconoció al cochero.

Aquel hombre del vistoso uniforme, que iba al pescante con un largo látigo en su mano, era Lobato.

No lo pensó más. Alzó campechanamente su mano, para saludar al amigo de la pasada noche.

Lobato le miró de reojo, y sería-



mente golpeó con la fusta a los caballos. Como si no le viese, siguió su camino.

Atrás, en el asiento principal del coche, se agitó una blanca mano, mientras iluminaba un rostro una monárquica sonrisa.

Su Majestad, Victoria Eugenia de Borbón, correspondía a un saludo que no le habían hecho.

M. AUGUSTO

LANZA

La Dirección de CALATRAVA expresa su gratitud a los servicios del archivo fotográfico del diario "Lanza", que han hecho posible la adecuada presentación gráfica de nuestra revista.

VIS A VIS CON UN VAGO

Con paso cansino, la cabeza agachada, las manos en los bolsillos y los últimos restos de un apagado cigarro sobre los labios, se acerca Manuel Pérez, últimamente Campeón Mundial de la Asociación de Vagos, al que vamos hacer unas cuantas preguntas:

—¿Puede decirnos su nombre completo?

—Me cansaría mucho; el último apellido es compuesto.

—¿Cuándo empezó a ser Vago?

—Exactamente no lo sé; según dicen desde que nací, pues cuando tenían que darme el biberón me cansaba tanto, que parecía que daba la Vuelta a España, a causa de las etapas en que había que hacerlo.

—¿Cuántos trofeos ha ganado en su profesión?

—Son tantos que se puede decir que es la sucesión X,n que tiende al infinito.

—¿Nos puede decir los más importantes?

—El primero fué cuando tenía dos años de edad, el llamado de la Asociación Mundial de Niños Dormilones. Entre otros trofeos, cuento con el de Vagos de Ciudad Real. Más tarde gané la Copa de Malos Trabajadores, aunque creo que el más importante de todos es el premio de la RENFE.

—¿Cómo el premio de la RENFE?

—Sí, señor; pues a causa de ser tan vago, me declararon VAGON.

—¿Ha trabajado usted en su vida por puro azar?

—Trabajé en la fábrica Flex para probar colchones.

—¿Y cómo no ha seguido usted en ese oficio tan "DESCANSADO"?

—Porque iba con tantas ganas de echarme en los colchones, que rompía la mayoría. Figúrese usted que en un año destrocé veinte colchones.

—¿Piensa usted trabajar alguna otra vez?

—No gaste usted bromas de esa índole. Ha de saber que no me gustan las «autopías». Además, ya he pagado la novatada y, como dice el refrán: «UNA Y NO MAS, SANTO TOMAS».

—Por último, ¿nos puede contar alguna anécdota que le haya sucedido en su vida de vago profesional?

—Corría la Vuelta Ciclista a España. Al entrar en Madrid, pisé la meta instalada en el Retiro, en solitario. El público me recibió con grandes ovaciones y gritando: «¡Hurra por el vencedor!». Extrañado de los inmerecidos aplausos me vi obligado a gritar: «Se equivocan, señores; yo no soy el primero de la Vuelta de este año, sino el último del año anterior».

Después de darle las gracias al señor Pérez por sus magníficas declaraciones, pensamos, mientras se aleja, cómo podrán existir seres que cifren su felicidad en una cosa carente de realidad, como es el no hacer nada.

FELIX SUAREZ BARCENAS.

Alumno de 3.º Masculino B.

Delegado.

LA MUERTE AL AIRE LIBRE

El otro día leía en un periódico la noticia del fallecimiento de un espectador en un partido de fútbol. Quizá el suceso pase inadvertido para muchos, porque, después de todo, hoy la gente muere y se mata con tanta facilidad que lo mismo da morir en unos graderíos que atropellado por un automóvil o condenado por terrorista.

A mí, sin embargo, me alarma cada día más ese tipo de muerte, y cuando leo la reseña humildemente anclada en la brevedad de un recuadro, protesto de un modo inevitable y extiendo mi compasión a los que en la enfermería de los vestuarios oyeron los latidos postreros de su corazón.

Nuestros mayores se despedían de la vida cercados por la presencia y el aliento de los suyos. Hoy van siendo ya demasiados los que mueren en la calle; en la fábrica o en las carreteras junto a la fría ribera de los árboles, las aceras y las máquinas; porque la posibilidad de ver quebrado el hilo de la existencia nos acecha sin descanso.

Como La Muerte, tan fina estratega, se adapta a las circunstancias y cobra su moneda donde sabe jugar con ventaja, ha instalado sus frentes en los campos de fútbol. Allí sólo tiene que esperar, frotándose las manos a que coincida la pifia del jugador admirado con el fallo en el corazón de cualquier espectador, para que su tarea quede realizada y aumente el número de sus elegidos.

No me gusta esta forma de tomar el postre de la vida sobre el lecho aturdido de las masas. Hay otra más noble para dar el alto definitivo a la marcha de la sangre, por ejemplo, caer atravesado por las bayonetas. Me duele que los hombres se mueran así, tan absurdamente, y hagan de la muerte una representación al aire libre para que la contemplen las pupilas extrañas de los entusiastas, o los que les importa más un gol que la agonía ajena.

Morir va perdiendo intimidad, aureola de gesto gustado gota a gota, como quien bebe los sorbos últimos sin prisa, con pausa escalofriante y

(PASA A LA PAG. 10).